

Mi relación con Jesús Arellano: evocación y testimonio

José Luis Illanes. Pamplona

Para encuadrar mis recuerdos sobre Jesús Arellano debo situarme en Sevilla, en la década de 1950 y en la Universidad hispalense. Más concretamente, en el Colegio Mayor Guadaira, que tenía su sede, en aquel entonces casi en el centro de Sevilla, en un edificio de la calle Canalejas, obra del arquitecto Aníbal González y por desgracia —es uno más de los errores urbanísticos cometidos en los años sesenta y setenta— hoy desaparecido.

Empecé a cursar los estudios de Derecho en septiembre de 1951. Muy pronto oí hablar de Jesús Arellano y de sus atractivas lecciones en la Facultad de Filosofía. Es incluso posible que me cruzara con él en algún momento, ya que las Facultades de Derecho y de Filosofía y Letras compartíamos el edificio de la calle Laraña que había sido en su tiempo noviciado de la Compañía de Jesús. No llegué sin embargo a conocerlo en mis primeros años de estudios universitarios, ya que las dos facultades mencionadas, aunque conviviéramos en la misma sede, teníamos poca relación: la Facultad de Derecho ocupaba el primero de los dos patios que tenía el edificio; la de Filosofía y Letras el segundo, y los respectivos alumnados tendíamos a movernos cada uno en nuestro propio ámbito.

Mi encuentro con Jesús Arellano (“don Jesús” como le llamábamos los estudiantes) tuvo lugar en el Colegio Mayor Guadaira, del que era el Director y a cuyo ambiente y estilo contribuía poderosamente. Yo había oído hablar del Colegio Mayor Guadaira, y del *Opus Dei* que lo había promovido, años atrás, cuando era todavía estudiante de Bachillerato, pero se trató sólo de referencias breves, de las que apenas conservo memoria. En 1952 o 1953 fui una o dos veces por el Colegio Mayor Guadaira; no obstante fueron unas visitas aisladas. Sólo después, en el curso 1954-55, comencé a frecuentar Guadaira y a sentirme atraí-

do por el espíritu que allí se vivía y del que Jesús Arellano era un claro exponente¹.

En ese contexto se produjo mi llamada al *Opus Dei*. La formación recibida en los centros docentes donde había realizado mis estudios de primaria y de bachillerato, y, muy especialmente, la adquirida en mi hogar, y el ejemplo de mi padre, con su rectitud espiritual y su entrega a una labor profesional y social cristianamente inspirada, me facilitaban el camino en esa dirección. A su vez el ambiente de Guadaira me hacía ver un horizonte de santidad y apostolado en medio del mundo que, presuponiendo todo lo anterior, iba más allá. Fue así como el 24 de mayo de 1955 solicité la admisión en el *Opus Dei*.

Recuerdo, en términos generales pero con detalle, mis conversaciones con don Jesús, siempre accesible para quienes, miembros del *Opus Dei* o no, acudían a su despacho, situado al final de la amplia escalera que desde el vestíbulo del edificio de la calle Canalejas llevaba a su despacho. Su conversación fluida y amable, ayudaba a profundizar sincera y vitalmente en el Evangelio. Para mí, que

1 Para describir el ambiente del Colegio Mayo Guadaira habría que hacer referencia a los residentes y a otros universitarios que lo frecuentaban, algunos de ellos fieles del *Opus Dei*, y muy especialmente a alguien que, junto a Jesús Arellano, constituía punto clave de referencia: Vicente Rodríguez Casado. Catedrático de Historia y director de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Vicente Rodríguez Casado no residía en el edificio de la calle Canalejas, pero acudía allí con frecuencia, contribuyendo intensamente a su vida. Sobre la vida en el Colegio Mayor Guadaira, y sobre la figura de Vicente Rodríguez Casado he dejado ya constancia de algunos de mis recuerdos en el artículo *En la Sevilla de los años cincuenta*, en AA.VV., *El espíritu de La Rábida. El legado cultural de Vicente Rodríguez Casado*, Madrid 1995, págs. 234-244 (reproducido, con alguna ampliación, en el libro *Cincuenta aniversario del Colegio Mayor Guadaira. De Canalejas a la Palmera*, Sevilla 2002, págs. 66-68).

estaba dando los primeros pasos en el conocimiento del espíritu del *Opus Dei*, tuvieron singular importancia.

El influjo de Jesús Arellano en quienes le trataban no se limitaba a los aspectos espirituales, sino que se extendía a los culturales. Con un gran respeto a las ideas que cada uno pudiera tener —éste fue sin duda uno de los rasgos característicos de su personalidad—, sus palabras contribuían a abrir horizontes e impulsaban a pensar por cuenta propia.

El vestíbulo del Colegio Mayor estaba flanqueado por dos salones. El primero, situado a mano izquierda apenas se accedía al edificio, era relativamente amplio y se habilitaba con frecuencia como sala de conferencias; allí tuve ocasión de escuchar a diversas figuras de relieve en la cultura de aquel entonces. El segundo, situado algo más allá y más pequeño en dimensiones, era designado como el “salón rojo”, por estar decorado con cortinas y tapicería de ese color. En ese “salón rojo” nos reuníamos, periódicamente, un grupo de universitarios de diversas facultades, para dialogar, animada y libremente, sobre los temas más variados. Participaba también el profesor Arellano que nos dejaba hablar, intercambiando alguna pregunta o comentario que encauzara el diálogo, o también, cuando se ofrecía la ocasión, pasando él a primer plano para dirigir la conversación y conducirla hacia una meta que la dotara de plenitud de sentido.

Recuerdo un día en el que hablábamos de la incidencia de la fe cristiana en la historia. Se emitían pareceres, juicios, valoraciones y se intentaba precisar cuál debería ser la actitud del cristiano ante el acontecer histórico. Don Jesús tomó la palabra. “¿Recordáis —preguntó— la carta de San Pablo a Filemón?”. La fue comentando detenidamente, para mostrar cómo el espíritu cristiano debe informar, y, en su caso, transformar la sociedad desde dentro, es decir, aportando cada cristiano con el propio existir toda la savia del Evangelio, lo que presupone que previamente ese Evangelio se haya convertido en vida de quienes lo profesan.

No puedo precisar si fue mencionado en alguna de esas reuniones o tertulias, pero recuerdo muy vivamente —tuve ocasión de leerla y de comentarla con su

autor— una conferencia que fue pronunciada por el profesor Arellano en un ciclo celebrado en la Universidad de verano de La Rábida en septiembre de 1952, y luego publicada en la colección “O crece o muere”, del Ateneo de Madrid. Su título era “La acción de los cristianos y el futuro del proletariado”². En esa conferencia Jesús Arellano ofrecía una clave para la interpretación de la historia, distinguiendo entre la *biología histórica*, es decir, lo que el acontecer tiene de biológico, y en ese sentido de realidad que se sitúa ante el sujeto antes de sus eventuales decisiones, y la *historicidad*, es decir, el rumbo que la libertad humana imprime a los acontecimientos, asumiendo lo que aporta la biología histórica y dándole plena fisonomía a lo que históricamente acontece. Este planteamiento de fondo le distanciaba, de una parte, de las actitudes reaccionarias que se aferran al pasado cerrándose ante toda posibilidad de cambio, y de otra, de los determinismos, que otorgan a elementos impersonales el dominio sobre el acontecer. Y le llevaba, hablando positivamente, a subrayar el protagonismo y la responsabilidad que corresponden al ser humano en orden a captar la novedad que el devenir histórico ofrece y a apropiársela dándole orientación y sentido.

De esa convicción vital e intelectual brota lo que, desde una perspectiva formalmente creyente, escribe en el “epílogo para católicos” con que se cierra el ensayo. “El temple cristiano de la vida nunca nos anquilosa en un pasado: nos hace ciudadanos a la vez de un presente eterno —de una historia divina—, y de un presente temporal —de una historia humana—. Por eso la virtud cristiana de la esperanza no es una virtud de futuro: trae el futuro a nuestro presente, nos lo hace poseer desde él, a la manera de un real —y no hipotético— porvenir. De ahí que la esperanza no sea nunca una virtud paralizadora, sino impulsora y opera-

² Su publicación tuvo lugar en 1957, cuando yo había dejado ya Sevilla, pero, como he dicho, tuve ocasión de conocerla antes, tal vez -no puedo precisar- en una versión más breve, pero completa en la substancia.

tiva”. Como dije hace un momento no recuerdo si esta conferencia fue o no objeto de comentario en el “salón rojo”, pero la unidad de pensamiento con sus palabras en la reunión antes citada es clara. Así lo fueron para mí en aquellos años.

Durante el verano de 1956 participé en un curso de formación para fieles del *Opus Dei* que tuvo lugar en el Colegio Mayor La Estila, en Santiago de Compostela. Allí me plantearon la posibilidad de ir a Roma, para completar y ampliar estudios de Teología. Acepté, pero una vez regresado a Sevilla a fines de septiembre, permanecí allí todo el mes de octubre y la primera parte del mes de noviembre para realizar los exámenes de grado y de premio extraordinario de la Licenciatura en Derecho. Fue, pues, estando en Sevilla como viví los acontecimientos que tuvieron lugar en Hungría por esas fechas, desde la emoción y el entusiasmo que suscitaron la gran manifestación de estudiantes y obreros que el 23 de octubre recorrió las calles de Budapest denunciando la dominación soviética, hasta las ilusiones que llenaron los días sucesivos y el desencanto que provocó la entrada a sangre y fuego de los tanques soviéticos en la capital de Hungría el 4 de noviembre. Junto a mis vivencias personales, hondas como las de todos los que vivimos aunque fuera de lejos esas jornadas, recuerdo cómo Jesús Arellano siguió esos sucesos, y muy en especial su trágico desenlace. Se traslucían en su actitud y en sus palabras la desazón e incluso la rabia de quien presenciaba — debería decir escuchaba, porque la televisión estaba entonces sólo en un plano experimental y las noticias llegaban por los periódicos o, más inmediatamente, vía radio— la consumación de una injusticia que no podía por menos de hacerle sufrir, pero a la que no tenía posibilidad de oponerse.

Pocos días después de ocurridos los sucesos que partiendo de Hungría conmovieron al mundo, dejé Sevilla y, tras un largo viaje en tren, llegué a Roma. Cesó mi cercanía a Jesús Arellano y, con ella, la posibilidad de encuentros frecuentes. Volví a verle en años sucesivos, durante los viajes que realicé a España, pero fueron encuentros esporádicos y breves, ya que mis estancias en Sevilla tu-

vieron una duración reducida. No puedo precisar la última vez que tuve ocasión de verle, pero el hecho es que cambios de domicilio y otras circunstancias análogas hicieron que dejáramos de encontrarnos. A través de amigos comunes me siguieron, no obstante, llegando noticias tuyas, tanto de su actividad intelectual y académica, como, más tarde, de su enfermedad y, finalmente, de su fallecimiento.

Mi relación estable con Jesús Arellano abarcó pues un arco breve: dos años. Pero fueron dos años intensos. No es pues extraño que la actitud de espíritu y el temple de alma que sus palabras y sus acciones permitían percibir a cuantos le trataban, no hayan quedado, por lo que a mí se refiere, circunscritos en el pasado, sino que continúen influyendo en mi modo de pensar y en mi actitud ante el devenir de historia.